

Capítulo 17 - La Tierra de los Caminos Rotos

La luz del sol no lograba ofrecer calidez alguna, salvo en los lugares donde caía, prolongada y sin obstáculos, sobre la ropa de Dirt, si él permanecía quieto. Eso no era suficiente, y se encontraba deseando que aquellos pájaros muertos tuvieran pelaje para poder utilizarlos como vestimenta. Su ropa era demasiado delgada.

La muchacha se encontraba en buen estado y parecía más tranquila ahora. Había logrado aceptar su capacidad de flotar en el aire, y aunque su comida de carne cruda no le sentaba del todo bien en el estómago, el agua que Dirt le había dado ya producía un cambio positivo. Sus mejillas y labios permanecían pálidos por haber perdido demasiada sangre, pero al mirar su mente, él podía sentir cómo el agua ayudaba.

En realidad, en ese momento, ella pensaba en otras formas de fundir agua. Al principio de su travesía, comía nieve, pero era mucha nieve y ella se enfriaba demasiado. Tal vez, si tuviera un paño oscuro y grande, se calentaría al sol y podría derretir nieve que luego caería en una olla. ¿Y si tuviera una olla? Pero si tuviera una olla, podría encender un fuego para derretir la nieve en ella. Sin embargo, para hacerlo, necesitaría... La garganta le ardía de nuevo.

Ella giró la cabeza para captar la mirada de Dirt y luego miró deliberadamente hacia alguna parte de la nieve. Intentó levantar su buen brazo para imitar el acto de beber otra vez, pero le provocó punzadas de dolor en el torso y lo dejó descansar, esperando que Dirt simplemente lo entendiera.

Él lo comprendió, porque podía leer sus pensamientos. Dirt asintió y recogió otra gran bola de nieve, la fundió y la dejó gotear en su boca mientras ella bebía lentamente.

La sangre en su vestimenta aún estaba parcialmente húmeda. Se adhería a su piel y la hacía sentir la brisa más suave. La verdad, parecía sumamente desaliñada, y su ropa sería difícil de limpiar. Las partes de tela podrían remojar en agua fría para eliminar la sangre, ¿pero qué hacer con el pelaje? ¿Funcionaría eso? Quizás.

Aparte de la limpieza, con tantos agujeros, su pelaje probablemente no hacía más que lo mismo que la ropa de Dirts. Es una lástima que los árboles no hubieran tenido tiempo de enseñarle cómo fabrican tela o de pedirle que solicitara a los elementales el idioma.

Pero Socks disfrutaba mucho cortando los cadáveres, y mejoraba en ello a medida que avanzaba. Solo descansaron un breve momento antes de que la siguiente pieza estuviera lista para que Dirt la enterrara, y aún menos hasta que llegara la siguiente. Desde ese momento, Socks cortaba la carne más rápido de lo que Dirt podía cubrirla.

Luego de lanzar una gran cantidad de nieve, Dirt se dio cuenta de que sudaba. Levantar tanto con la mente seguía siendo un esfuerzo arduo, aunque ahora lo hacía en pedacitos pequeños en lugar de grandes bloques. Era extraño —se sentía cálido bajo las axilas y sus piernas estaban bien, pero el aire enfriaba el sudor en su frente y en su espalda, donde su camiseta estaba mojada.

Finalmente terminó, y Socks ayudó a cubrir el resto de la carne. Después, Dirt suspiró y se estiró, intentando absorber toda la luz solar posible contra el frío, que ya comenzaba a infiltrarse a través de su camiseta sudada. Socks les hizo a él y a la chica comer otra porción de carne de ave pálida, más de lo que en realidad querían, porque quién sabía cuándo volverían a comer. No podían llevar la carne todo el tiempo, se echaría a perder. Pero quedaría allí, congelada, si decidían regresar en otra ocasión.

Las Calcetas descendieron por la pendiente un poco para admirar su obra y absorber el hedor a carnicería que pesaba en el aire todavía quieto. Habían causado un desastre, uno enorme que hacía palidecer a los campos de batalla. A la cría le gustaba ese olor, y Dirt había aprendido a apreciarlo por ella, pero la muchacha prefería que el viento soplara en otra dirección. Tras unos momentos de orgullo propio, llegó la hora de partir.

—Tengo una cosa más primero. Espera un momento —dijo Dirt.

—¿Qué es?—

—Quiero un bastón, así que voy a hacer uno mientras haya madera por aquí. Son útiles, y en Casa no pueden hacerlo ahora porque estamos demasiado lejos —. Dirt se tambaleó de regreso por la ladera de la montaña hasta la guarida, donde buscó un trozo de madera que pareciera apropiado para usar.

Encontró uno con el peso adecuado y reunió unos buenos golpes de maná, then pronunció un hechizo en el mundo oculto y ordenó a la madera transformarse. Aunque seca, muerta y vieja, crujió y se agrietó, respondiendo lentamente. Endereza, le dijo, y condensa. Lo dejó a una mano de su longitud, más corto que él, y finalizó el conjuro.

Dirt lo balanceó varias veces, golpeando la nieve y golpeándolo contra ramas expuestas. Parecía sólido. Lo colocó en el arnés de Socks.

Tanto Socks como Dirt observaban a la joven, quien pensaba una y otra vez: “¿Es un dios? Debe ser un dios.”

Dirt reconoció la palabra “dieu” como similar a su palabra para “dios”. La sensación que evocaba en ella no era de respeto, sino de temor. Sus pensamientos acerca del posible estatus divino de Dirt eran complicados y rápidos, como si no pudiera decidir si era una buena o mala cosa que él lo fuera. Ella parecía inclinarse hacia lo negativo.

—¿Por qué ella piensa que puedo ser un dios, pero tú no? —preguntó Dirt a Socks.

—¿No son todos los dioses con forma humana?—

—¿Lo son?—

—Todos los que me enseñaste lo son. Pero mejor no digas nada, si no quieres que piense que eres uno. Si descubre que puedes leer su mente, nunca podrás convencerla lo contrario —.

—Eso probablemente es cierto. Creo que solo voy a dejar que piense que es muy buena interpretando lenguaje corporal —.

Socks abrió la boca de par en par y jadeó, con los ojos brillando de diversión. Miró a la muchacha y luego volvió a Dirt. —Yo también —.

—Bueno, estoy listo para partir si tú lo estás —.

—¿Debería dejarla que se levante y camine un poco primero?—

—No, todavía no. Creo que aún le duele demasiado. Eventualmente tendrá que hacer pis y entonces podemos dejar que camine —, dijo Dirt. inhaló una bocanada de maná y saltó sobre la espalda de Socks, preguntándose dónde iban a colocar a la chica.

Aunque Socks ya tenía todo planeado, levantó a la joven y la acostó sobre su espalda, con su cabeza descansando donde usualmente se sentaba Dirt. —Acaríciala la cabeza y asegúrate de que esté lista, después puedes apoyarte en mi cuello y cabeza. Así estará bien por un tiempo —.

—Eso funciona. Solo avísame cuando empiecen a dolerte el cuello —.

Cuidando de no tropezar o tirar del pelaje de Socks, Dirt se desplazó para que ella pudiera verlo.

La muchacha tenía una expresión de miedo y cautela. Sabía lo que estaba a punto de suceder, pero no exactamente qué esperar. ¿Y quién podría culparla? ¿Cuántas personas en toda la historia han tenido el privilegio de montar en un lobo?

La tierra sonrió e imitó mantenerse tranquila, luego asintió hacia ella.

Ella levantó un poco las manos, luego actuó como si fuera a dejar algo a un lado. La entendió, mientras él la observaba. Miró en su mente, y ella en efecto estaba preocupada por ser abandonada en el camino.

La tierra sacudió la cabeza, señaló a Socks, después a ella, y hizo un gesto de aferrarse. Ella entró en pánico y trató de agarrar un puñado del pelaje del cachorro, por lo que él corrigió su actitud. Primero señaló a Socks, luego hizo el gesto de sujetar, y después señaló a ella. Luego, volvió a indicarle a ella, sonrió y simuló hacer una almohada con sus brazos, relajándose en ella.

Ella comprendió la idea. Sin embargo, mantuvo un apego firme al pelaje de Socks. La tierra se arrodilló y la hizo relajar los puños para que no le arrancara ningún pelo, luego inclinó su mano para mostrarle que podía meterla allí y mantenerla abrigada.

Una vez que todo estuvo en orden, ella lo miró con una expresión de determinación que no lograba expresar con palabras. Él volvió a escudriñar su mente, y resultó claro: ¿A dónde vamos?

No encontró una buena manera de decírselo, así que no intentó hablar. Solo la acarició en la cabeza y se recostó contra el cuello de Socks, apoyando sus brazos en la cabeza del cachorro, con la barbilla sobre ella.

Socks sintió su peso, ajustándolo a su sentido de orientación, y luego se dio la vuelta para descender la montaña en la misma dirección de donde había llegado. —El ave la llevaba casi en línea recta desde un lugar humano. Además, es el más cercano.—

El cachorro aumentó su velocidad gradualmente, en lugar de hacerlo de golpe para no asustar a su carga, pero ella se atemorizó de todas formas. Incluso con el escudo mental curvado de Socks que desviaba la mayor parte del viento frío, y sin otra cosa que observar sino el cielo, podía percibir la rapidez con la que avanzaban. Sentía el movimiento de los músculos del cachorro debajo de ella, y vislumbres de la nieve que levantaba tras él, en medio de un estado de leve angustia emocional.

La tierra y Socks tenían poco más que hacer que observar sus pensamientos, los cuales eran fáciles de entender si no luchaban por aprender cada palabra. Ella seguía teniendo discusiones ficticias y fuertes con personas, no siempre las mismas. Dos que debían ser sus padres, un hombre y una mujer. Y un anciano y una anciana, quienes parecían ser los líderes, ya que parecían dar órdenes.

No se suponía que debía regresar, pero si el lobo la llevaba a casa, entonces no había nada que pudiera hacer al respecto. Ella se preocupaba en parte por Dirt y Socks, temiendo que pudieran ser atacados, lo cual Socks encontraba divertido. La imagen mental de ese ataque era de cuatro hombres grandes con lanzas.

Aprendieron su nombre. Biandina. Ella seguía imaginando que le gritaban enojados o sorprendidos, llamándola mientras le suplicaban que se fuera, o condenándola a la muerte.

Y estaba segura de que la iban a matar por regresar. Eso estaba claro. Decidía qué decir antes de que eso sucediera. Algunas palabras parecían conciliadoras y arrepentidas, otras eran duras insultos. Maldiciones para ellos, por dejarla avanzar demasiado lejos. Por permitirle hacer lo que había hecho.

Luchaba por resistir la semilla de esperanza que había crecido en su interior. El pequeño dios-niño y el lobo la habían salvado cuando pensaba que estaba muerta. Debería estar muerta en ese momento. Quizá los dioses eran reales, después de todo, y no malvados.

La muchacha logró descansar después de acostumbrarse a la velocidad de Socks y convencerse de que no iba a caerse. La suciedad tenía la costumbre de tocarla con su pata cada vez que comenzaba a tener una pesadilla. Dormió durante más de una hora, lo cual era bastante impresionante dadas las circunstancias.

El día se terminaba antes de lo que pensaban, ya que el sol atravesaba el cielo mucho más rápido en invierno que en verano. El crepúsculo llegó antes de llegar a su destino, obligándolos a

detenerse cerca de una pequeña colina, que era el único refugio que podían encontrar cerca. Tal vez deberían haberse detenido en los árboles que habían pasado hace un rato, pero ya era demasiado tarde.

Biandina se sentía mucho mejor, y una vez que la dejaron ponerse de pie, inspeccionó sus heridas con asombro al ver que estaban cerradas. Aún le dolían por dentro y por fuera, pero la hemorragia había cesado y podía moverse con libertad.

Su buena salud le dio un poco de ánimo, iluminando sus ojos. Se indicó con la mano hacia la nieve, intentando transmitir que Dirt y Socks deberían preparar un refugio como ella tenía en mente, una especie de terraplén redondo, lo suficientemente alto para protegerlos del viento más intenso.

Obedecieron, amontonando nieve en un círculo lo bastante alto para que Socks pudiese acostarse dentro y no ser visto. Costó una cantidad absurda de nieve, pero tenían mucho con qué trabajar.

Luego, cavaron entre la nieve para sacar hierba en la que sentarse. Biandina seguía estremeciéndose y haciendo un pequeño sonido de aviso cada vez que se inclinaba, así que Dirt le ordenó que se detuviera y simplemente observase. No tardaron mucho en reunir suficiente, sobre todo con la ayuda de Socks. La hierba bajo la nieve aquí era larga, resistente, gruesa y le recordaba a los granos que crecían en torno a Ogena. Arrancaron más de lo que necesitaban y convirtieron su pequeño cuenco de nieve en otro nido.

Milagrosamente, quedó exactamente como Biandina lo había imaginado, lo cual la llenó de orgullo. Le dio a Dirt un abrazo nervioso y aceptó su invitación para acariciar con la mano el hocico de Socks. Socks logró, de alguna manera, resistirse a bufar y asustarla, aunque por poco. La había tentado.

Socks se acurrucó en el refugio, y Dirt y Biandina entraron después para acomodarse cómodamente contra su pelaje. La hierba era mucho mejor que sentarse en la nieve sin más, y, una vez que Dirt hizo aparecer algunas brasas, el refugio retuvo una cantidad sorprendente de calor.

Biandina movía mucho, buscando una posición que no pusiera presión en su interior herido, y Dirt estaba seguro de que se quedó dormida mucho después de que él y Socks pusieron los ojos en descansar. Todo ese esfuerzo por cavar en la nieve le había agotado, igual que el frío. Estar frío durante todo el día era agotador. Y ahora que estaba caliente, Dirt se hundió rápidamente en el sueño, disfrutándolo plenamente.

Una noche, Socks emite un gruñido bajo, que despertó a Dirt. Socks dijo: —No es nada. Vuelve a dormir. — Y así lo hizo.

La noche fue larga y todos despertaron antes del amanecer, al primer brillo de la luz. Como Dirt y Socks permanecieron quietos y descansaron por si volvían a dormir, como solían hacer, Biandina pensó que era la única despierta. Se sentó en silencio, sintiéndose triste, miserable y asustada por regresar a casa. Los mismos rostros seguían dando vueltas en su mente, las mismas conversaciones. Sus pensamientos oscilaban entre eso y preguntarse cómo era que sus heridas sanaban tan rápido y tan bien. Todavía le dolía por dentro y por fuera, pero no tanto como ayer.

Cuando Socks finalmente decidió que era hora de levantarse, Dirt y Biandina se sorprendieron al encontrar innumerables huellas de patas en la nieve alrededor del refugio, todas más grandes que la pata de Dirt pero más pequeñas que la de Socks. Cada huella llevaba las garras de un depredador.

—Oleron la presencia de un humano, y también olieron mi aroma, y supusieron que yo había matado a alguno y que podían aprovecharse de ello. Creo que en realidad creían que era otra cosa. Más pequeña. Quizá un perro.—

Dirt encontró aquello algo cómico, ya que había olfateado tanto perros como lobos a través de la nariz de Socks, y no se parecían en nada. Pero él no era un perro, así que, ¿qué sabía él?

Tras ver las huellas, Biandina estaba mucho más nerviosa que Dirt, pues sabía a quiénes correspondían. Su imagen mental era la de un animal canino, pero con un torso encorvado y una cola corta. Eran un poco más altos que los humanos adultos y cazaban en manadas. Miraba a su alrededor con cautela, observando el horizonte con inquietud inquieta, mientras Dirt derretía suficiente nieve para que todos pudieran beber. Socks necesitaba tres cargas.

Aún así, seguía nerviosa, por lo que Dirt tomó una bola de nieve con las manos y la moldeó algo como la criatura que ella imaginaba. La señaló, luego las huellas.

Ella asintió, con curiosidad.

Dirt la colocó en el suelo, apuntó a Socks y luego la aplastó con su talón. Eso la hizo reír, seguido de un gesto de incomodidad. Apparently, sus músculos del estómago todavía necesitaban más tiempo. Pero fue agradable verla sonreír. También le devolvió el color a las mejillas.

No estaban lejos del asentamiento y lo vieron en el horizonte unas horas después. Era perfectamente cuadrado, con muros intactos, pero sin edificios sobresaliendo por encima de ellos. Además, era pequeño, más reducido que Llovella, y la palabra que le vino a Dirt a la mente fue “aeropuerto”. Un lugar militar. Una fortaleza donde iban los soldados. Dirt estaba seguro de que su gente lo había construido.

Biandina sintió que Socks se detenía y se sentó, girando para quedar de frente. Dirt se deslizó para sentarse justo delante de ella, y ella dejó que sus brazos rodearan sus hombros, lo cual aliviaba la presión en su estómago.

Un grupo de jinetes salió de detrás de las murallas de prisa, y Dirt imaginó que la puerta debía estar en el lado opuesto. Seis hombres, cada uno con lanzas, cabalgaron con fuerza sobre la nieve profunda, como si pensarán en hacer una carga. Dirt se levantó y se subió a la cabeza de Socks, agitando la mano en señal de advertencia, con la esperanza de detenerlos antes de que hicieran algo que pudiera costarles la vida.

—Observa más detenidamente. Ellos no vienen a atacarme. Saben lo que es un lobo,—dijo Socks, con tono de curiosidad.

Eso llamó mucho la atención de Dirt. Miró hacia algunas de las mentes más cercanas. A las que estaban más lejos, calculó, unas doscientas más. Y Socks tenía razón. Estaban aterrorizados, completamente asustados, pero tenían la intención de acoger a ese cachorro gigante, de todas las cosas.

Biandina se levantó con dificultad y extendió la mano hacia Dirt. Le suplicó: “Sò chì ùn mi pudete micca capisce, ma per piacè, ùn li attaccate micca s'ellu pudete evitari.”—No los ataquen, era la idea principal. Eso era algo que él podía entender.

En voz alta, Dirt dijo: “Socks no los atacará a menos que ellos hagan algo estúpido.”

Los caballos se detuvieron a unos treinta pasos, sin atreverse a acercarse más, a pesar de que sus jinetes los instaban a avanzar. Los hombres tenían las lanzas apuntando hacia arriba, no hacia adelante, en una forma que recordaba a los guardias del palacio del duque. No llevaban armadura, solo gruesas pieles como las de Biandina, incluyendo capuchas ajustadas alrededor de sus barbas.

La tierra se hincó y atravesó la nieve con paso pesado para saludarlos. Aquí la nieve llegaba apenas hasta el muslo, no hasta la cintura, pero aún así era demasiado profunda para atravesarla con gracia. Cuando estuvo lo suficientemente cerca para hablar, agitó la mano y dijo: “Hola, soy Dirt. Encantado de conocerte. Trajimos a una persona tuya.”

Entonces, Biandina se levantó del lomo de Socks y voló con gracia por el aire, provocando los horrorizados suspiros de los jinetes. Dirt percibió confusión en sus mentes, en parte porque no la reconocían, y en parte porque su ropa desgarrada y ensangrentada les hizo pensar que Socks regresaba con un cadáver.

Pero ella cayó suavemente sobre sus pies y mantuvo el equilibrio después de que Socks soltó. Lentamente levantó el rostro. Se puso de pie recta y jaló hacia atrás su capucha. Se volvió hacia el jinete de la izquierda y dijo: “Salutu, babbu.”

El rostro del hombre se endureció como el hielo y descendió rápidamente de su caballo. Dos pasos lo acercaron a ella y apuntó directo a su corazón. Ella cerró los ojos y no se inmutó.

Pero Dirt estaba preparado. Ya había activado la magia. Cruzó rápidamente y agarró la punta de la lanza justo cuando iba a penetrar, deteniendo la lanza y al hombre en un brusco freno. Rompió la punta de la lanza y la arrojó al suelo. “No hagamos esto, ¿sí?”, dijo.

Los hombres gritaron. El miedo los hizo perder el control sobre los caballos y cada uno salió disparado en direcciones distintas. Cuatro hombres cayeron en la nieve. Se levantaron y corrieron de regreso hacia el fuerte. El otro jinete se fue en la dirección totalmente equivocada y no se detuvo.

Socks resopló con diversión. -Eso era más de lo que esperaba. Ven, pequeño Dirt. Vamos a hacer algunos amigos.-